

## Introducción

La persona y la obra de Jean-Jacques Rousseau (Ginebra, 1712- Ermenonville, 1778) han sido centrales en la historia y el pensamiento europeos. Controvertido por su propia trayectoria personal, pero sobre todo por sus ideas, nadie le discute, no obstante, su esencia innovadora. En pleno siglo XVIII, se sitúa en un terreno específico dentro del pensamiento francés, fuera de la *Encyclopédie*, de las corrientes filosóficas del momento, y de las figuras pensantes del siglo como Montesquieu, Voltaire o Diderot, para hacerse el defensor de los derechos del individuo, de la educación como medio de formación del hombre y de la fidelidad conyugal basada en el sentimiento entre hombres y mujeres nuevos y naturales. Porque la naturaleza es para Rousseau la clave de la recuperación de la armonía primigenia. Proclama que la soberanía es una e indivisible, denuncia las apariencias, el engaño y la mentira como los mayores males de la Humanidad, pone en guardia contra los peligros del progreso en las ciencias y las técnicas y predica con el ejemplo la vuelta a la naturaleza, la necesaria armonización con ella y el respeto que le es debido.

Sus obra compone un conjunto de unas 16000 páginas de riqueza y complejidad incalculable. Entre las más conocidas están *Julie o la Nueva Héloïse*, *Emile o de la educación*, *Del Contrato social*, *Las Confesiones* o *Las Ensoñaciones de un paseante solitario*.

Con *La Nueva Héloïse*, el *Contrato social* y el *Emile*, Rousseau revoluciona no sólo el pensamiento social europeo de su tiempo, sino que además comparte el cuestionamiento de las formas literarias que movió a los grandes pensadores del siglo. Como Montesquieu, Voltaire y Diderot, Rousseau utiliza la forma novelesca para transmitir la complejidad de su pensamiento. Incluso el *Emile* y el *Contrato* se acercan más a la ficción utópica que al ensayo.

Rousseau es ya un soñador desde sus primeras obras, soñador cada vez más atormentado por la relación del hombre con sus semejantes, relación que con el tiempo se convertirá en la relación de Jean-Jacques con sus semejantes y consigo mismo. Sueña con la igualdad de los hombres, sueña con una educación benéfica para todos que haga que podamos vivir en un mundo mejor, en un pasado o en un futuro. Como a todo soñador, lo que atormenta a Jean-Jacques es el presente. Por ello, la relación con el tiempo es un tema clave en sus obras. Para Rousseau, pensador social, los cambios necesarios en la sociedad hipócrita de sus días pasan no tanto por una revolución (aunque los revolucionarios harán del *Contrato social* su evangelio) como por una

renovación moral del hombre. Si el hombre aprende a decir la verdad y a respetarla, así como a amar a su prójimo, podrá llegar a ser dichoso. Verdad social (democracia) y libertad individual aparecen en el pensamiento político de Rousseau íntimamente unidas, como los componentes necesarios para alcanzar la felicidad. En el contexto de este pensamiento político, desarrolla Rousseau sus ideas religiosas, que se resumen en una negación, como algunos de sus contemporáneos hicieron, de la revelación. Como no podía ser menos, el apóstol de la verdad ve en las religiones reveladas las primeras grandes falacias. Pero se mantiene entre el catolicismo y la reforma, en la necesidad de una fe que, como en el caso de Julie, es capaz de mover montañas.

Por su reivindicación del hombre natural y libre, llega Rousseau a la conceptualización de una razón sensible, a la unión de los deberes sociales con el amor verdadero (reivindicará siempre la transparencia de los corazones). Mucho se ha dicho sobre la contradicción del Rousseau -educador utópico en el *Emile* y amante de los niños en las *Ensoñaciones*-, y Jean-Jacques -padre que abandona a sus hijos. Y sin embargo, en esta acción se sitúa quizá uno de los ejemplos más ilustrativos del pensamiento de Rousseau: él ha tenido relaciones con una mujer para sentir placer, no para tener hijos, luego rechaza las consecuencias no deseadas de su acto. Rousseau se afirmará siempre en esta idea, la falta de libertad a la que conducen las consecuencias imprevisibles de las acciones del hombre, y que él intenta evitar a toda costa. Falta de libertad que genera la sociedad arbitraria y falsa en la que vivimos, pero que también está en el seno mismo de la naturaleza, de la que Rousseau, a fin de cuentas, desconfía. Por eso, Rousseau acabará en sus *Ensoñaciones* reivindicando esa pasividad, esa contemplación que en sus paseos no lleva a consecuencias fatales. El paseo se plantea en Rousseau como una oposición al acto social. Vemos cómo el pensamiento de Rousseau, una vez más, se contradice con los actos de Jean-Jacques.

Muchas son las contradicciones del ginebrino, hasta el punto de poder hacer de él un pensador paranoico. O simplemente un paranoico que escribía para soportar mentalmente su enfermedad. La visión psicoanalista de sus ideas aporta sin duda material de reflexión. También se puede entender que su propio cuerpo condiciona tanto a Rousseau que se piensa a sí mismo a partir de esta obsesión fisiológica. Pero no por ello le entendemos mejor, y en ello reside quizá la fuerza de sus ideas, porque Rousseau fue en su tiempo y aún hoy, un pensamiento irreductible. Rousseau desencadenó una auténtica persecución del autor en su época pero también verdaderas pasiones. El fenómeno de los lectores europeos de la *Nueva Héloïse* que escribían a nuestro autor entusiasmados por aquel libro que les había hecho llorar tanto, las peregrinaciones multitudinarias a Ermenonville tras su muerte muestran la fuerza de su persona y de su obra.

LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ

Coordinadora científica del Seminario Jean-Jacques Rousseau